

# De la socialdemocracia al socialliberalismo. La socialdemocracia en la encrucijada: declive, renunciadas y alternativas

Por RAFAEL RODRÍGUEZ PRIETO  
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

## RESUMEN

*¿Cómo es posible que la socialdemocracia se esté muriendo mientras el capitalismo neoliberal afronta una de las crisis más severas de su historia? La socialdemocracia no está enfrentando los problemas sociales urgentes actuales. Han llegado a la conclusión de que no es cierto que el capitalismo se haga más rico explotando a los trabajadores, sino que, al contrario, la clase trabajadora toma ventaja de los impagos que pagan los ricos. De hecho, el social liberalismo ha repudiado los fundamentos de la social democracia tradicional. La socialdemocracia europea ha decidido optar por la privatización de empresas y servicios públicos, aumentar la edad de jubilación, desmantelar el sector público, mientras son proclives a la concentración de grandes empresas. Se han transformado en un social liberalismo que ha abandonado ciertas ideas que eran centrales en la socialdemocracia –por ejemplo–, el pleno empleo y la defensa de los derechos sociales. Necesitamos reconstruir una socialdemocracia nueva y fuerte que rechace claramente la idea de que el capitalismo pueda ser reformulado y comprometida con movimientos sociales.*

Palabras clave: *socialdemocracia, Estado del bienestar, movimientos sociales, neoliberalismo, capitalismo.*

## ABSTRACT

*How can social democracy be dying just when ultraliberal capitalism finds itself in severe crisis? Social democracy is not facing on the urgent*

*social problems of the day. They have even managed to convince themselves that it isn't certain that capitalists get rich by exploiting workers but that, to the contrary, the workers class is taking advantage of the taxes paid by the wealthy. Indeed, repudiating their very foundations has become a habit: European social democrats decided years ago to ramp up privatisations, call for raising the retirement age, dismantle the public sector, while pushing for giant corporate mergers and concentration and pampering the banks. It gradually converted itself, without remorse, to social-liberalism, dropping as priorities certain objectives that were part of its ideological DNA—for example, full employment, the defence of social rights. We need to re-build a new and strong social democracy that clearly rejects any idea that capitalism can be reformed; a social democracy compromised with social movements.*

Key words: *social democracy, welfare state, social movements, neoliberalism, capitalism.*

**SUMARIO:** 1. INTRODUCCIÓN.—2. EL DECLIVE.—3. LAS RENUNCIAS.—4. LAS ALTERNATIVAS A UNA SOCIALDEMOCRACIA FUERTE.—5. CONCLUSIÓN. PARA UNA SOCIALDEMOCRACIA FUERTE.

## 1. INTRODUCCIÓN

Etienne Cabet señala al principio de su obra *Viaje por Icaria*, que «por lo que a nosotros nos toca, cuanto más penetramos en el estudio de la historia, tanto más profundamente nos convencemos de que la desigualdad es la causa procreadora de la miseria y de la opulencia... de la codicia y la ambición, de la envidia y del odio, de las discordias y de las guerras de todos los géneros, y en una palabra, de cuantos males agobian a los individuos y a las naciones». Estas palabras escritas en el siglo XIX mantienen hoy una absoluta vigencia. La pobreza, como manifestación de la desigualdad, alcanza a la mayoría de la población mundial<sup>1</sup>.

En Europa el panorama no es muy positivo. Las movilizaciones emprendidas al amparo del movimiento Democracia Real englobado

---

<sup>1</sup> Sin embargo, no faltan las interpretaciones que culpan a la corrupción de la pobreza. Pero cuando se justifica de esta manera las tremendas desigualdades a las que nos enfrentamos, se obvia que la corrupción es, sobre todo, un efecto y no una causa. Estados igualitarios con servicios sociales robustos son menos vulnerables a la corrupción que otros que adolecen de ellos. Fue en Estados del norte de Europa donde la socialdemocracia pudo hacer un trabajo que causó el asombro y la admiración de muchos.

en el denominado fenómeno del 15M, continuado con manifestaciones en diversas capitales del mundo el 15 de octubre de 2011, son una reacción popular a las políticas de recortes en el gasto público y la precarización laboral creciente. La Europa de hoy, tan distinta de la Europa del bienestar que contó con el apoyo y trabajo de la socialdemocracia en su época más dorada, parece estar apartándose de uno de los elementos diferenciadores con EE.UU.: la fortaleza del Estado del bienestar. La socialdemocracia europea se convirtió en adalid de todas las conquistas relacionadas con el Estado del bienestar que habían logrado limar las diferencias sociales. Pero, como decimos, hoy el paisaje es bien distinto. Incluso en Suecia, contemplamos con horror como un partido nazi llega al Parlamento. En otros Estados europeos como Francia se suceden las huelgas y manifestaciones en protesta a los recortes en el Estado del bienestar. Las derrotas de Brown o Schroeder en Gran Bretaña y Alemania pueden ser un punto de inflexión que probablemente vaya más allá de la caída de un partido. El descalabro de otras opciones socialdemócratas en el mismo periodo de tiempo (Francia, Holanda o Italia), junto con el crecimiento de opciones ultraderechistas y la abstención en áreas, tradicionalmente, de izquierda, revelan un panorama preocupante para la socialdemocracia. Los datos objetivos son claros. Según el Instituto Nacional de Estadística en su Encuesta sobre las Condiciones de Vida en 2010 el 21,8% de los españoles están por debajo del umbral de la pobreza<sup>2</sup>. ¿Qué le ha sucedido a la socialdemocracia? ¿Por qué está abandonando sus postulados más importantes? ¿Qué futuro puede tener si se limita a copiar las recetas económicas de los partidos de derecha?

En este trabajo defenderé la tesis de que la socialdemocracia se encuentra en un declive que no ha sido asumido por sus dirigentes. Sus cuadros han decidido dar la espalda a la tradición europea de lucha de la clase trabajadora y centrarse en continuar profundizando en la senda de la tercera vía o social liberalismo. Después de la victoria de Obama los órganos de dirección de los partidos socialdemócratas europeos se esforzaron por copiar las fórmulas y mensajes que llegaban del Partido Demócrata de EE.UU. Era como si quisieran rellenar con imagen y marketing su vacío arsenal de propuestas.

Es casi un lugar común, mantener que las dificultades del electorado de izquierda para conectar con la socialdemocracia actual no son coyunturales o puntuales, sino fruto de un proceso de derechización que la ha situado como escudero ideológico de los partidos de derecha europea. La socialdemocracia se acomplejó, como gran parte de la izquierda<sup>3</sup>, ante el empuje de la nueva derecha de Thatcher y Reagan y terminó

<sup>2</sup> <http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=/t25/p453&file=inebase>

<sup>3</sup> Vid., RODRÍGUEZ, R., SECO, J.M., *¿Por qué soy de Izquierdas? Por una Izquierda sin complejos*, Córdoba, Almuzara, 2010. En este artículo desarrollo y actualizo algunas cuestiones planteadas en la parte final del libro y las aplico a la viabilidad de la socialdemocracia.

aceptando muchos de sus postulados y olvidando ideas que habían sido fundamentales para la socialdemocracia europea. Cuando llegó el momento del recambio, de la alternativa al poder derechista, solo hubo alternancia, pero faltó una alternativa seria y creíble. Lo que se tradujo en un electorado de izquierda más descreído y abstencionista<sup>4</sup>.

Esta situación no tiene por qué ser irreversible. Es posible el cambio. Pero no un cambio nominal, sino real. Una recuperación, actualización y desarrollo de las ideas que hicieron a la socialdemocracia y a Europa un referente mundial. La cuestión fundamental reside en comprender que la socialdemocracia cuenta con un capital simbólico y una implantación en Europa muy relevante que no puede ser desperdiciada. Para algunos colectivos sociales transformadores, la socialdemocracia está muerta y ha traicionado a la democracia y a los ciudadanos, por su complicidad con los poderes financieros. Sin embargo, estos mismos colectivos naufragan a la hora de trasladar un mensaje emancipatorio al conjunto de la población. En la última crisis, en un contexto de uso del dinero público para ayudar a la banca endeudada, acompañado de medidas cada vez más agresivas contra los derechos sociales, la oposición ha sido casi nula. Solo colectivos extraparlamentarios como el 15M han tenido una moderada incidencia. Grecia, Irlanda y Portugal han visto intervenidas sus economías. Este proceso recuerda a los pasados Planes de Ajuste Estructural latinoamericanos y la interferencia de los funcionarios del FMI en la redacción de los presupuestos.

Es por ello, que el objetivo debiera consistir en reconstruir la socialdemocracia, aprovechando este caudal histórico, pero integrando y cooperando con los movimientos sociales. Pero la socialdemocracia no puede volver al pasado. Las circunstancias son diferentes y el hegemonía del capital mucho mayor. La socialdemocracia debe reinventarse, desde dos bases esenciales: (i) el control democrático de la economía y (ii) la integración de colectivos con prácticas radicalmente democráticas e innovadoras. En este trabajo expondré las fundamentales para contribuir al debate teórico sobre el futuro de la socialdemocracia.

## 2. EL DECLIVE

La caída del Muro de Berlín y el grado de bienestar e igualdad alcanzado en Europa después de la II Guerra Mundial pudo haber

---

<sup>4</sup> El caso más paradigmático es el del Partido Laborista británico, que renunció a cualquier alternativa al *thatcherismo* de la mano de Blair. Incrementó el poder del capital financiero y la desregulación en la *city* londinense. Su apoyo entusiasta de la primera elección decreció en las posteriores. Solo la no existencia de un sistema proporcional y la crisis de los conservadores (a quienes Blair había imitado en su programa económico) lo mantuvo en el poder.

dado la razón a los que apostaron por la socialdemocracia. Su doble componente de crítica al socialismo real y al desaforado capitalismo de otras regiones del planeta, parecía quedar certificado a comienzos de la década de los noventa. Pero curiosamente, en vez de fortalecer los principios básicos de la socialdemocracia, los erosionó, hasta tal punto que aceleró un proceso de renunciaciones que comenzó en la década anterior y llega hasta hoy<sup>5</sup>. Esta erosión de los pilares de la socialdemocracia implicó tanto la dejación en la protección de los servicios públicos, como la apuesta por las privatizaciones que abanderaba la derecha. Las políticas fiscales también se resintieron de estos cambios. Se pasó de impulsar la progresividad fiscal a políticas fiscalmente regresivas que imitaban las ideas reaganistas. Lo que debió ser una victoria de la socialdemocracia y una apuesta por la profundización en sus valores, se invirtió de forma radical.

La nueva derecha emergió con fuerza en los ochenta sustentada en varios planos: (i) el económico, marcado por el auge de políticos carismáticos como Thatcher o Reagan; (ii) el filosófico, protagonizado por las teorías neo-contractualistas de la justicia; (iii) el político, con la expansión de las tesis de la Escuela de Chicago, y (iv) el cultural centrado en la macdonalización<sup>6</sup> y homogeneización mercantil de la cultura.

Estos acontecimientos mostraron las debilidades de los partidos socialdemócratas. La incapacidad de los partidos y sindicatos de cooperar con los movimientos sociales emergentes fue otro de los lastres que arrastró la socialdemocracia e impidió su pleno desarrollo. Pero quizá sea la carencia de respuesta frente a la nueva derecha y su empuje lo que condenaron su actividad política. Desde este punto crucial, la socialdemocracia sustituye a la derecha en el poder sin ofrecer alternativas claras a las políticas neoliberales. Este hecho las sumerge en un bucle que conduce al abstencionismo de su base electoral y la derrota.

### 3. LAS RENUNCIAS

Hayek consideraba que quien tenía el control de los medios de producción puede determinar los fines para los que deben servir, los valo-

---

<sup>5</sup> En cuanto a este proceso de renunciaciones, hay que diferenciar según el Estado y el partido socialdemócrata. La crisis de los partidos socialdemócratas europeos comenzó en los setenta con divisiones internas, incapacidad para evitar el paro o el empobrecimiento de la clase trabajadora, desprecio a los movimientos sociales, etc. Estos desciertos provocaron la llegada de los partidos de derecha con programas muy agresivos al Estado del bienestar (GUNN, S., *Revolution of the Right*, London, Pluto, 1989, pp. 78-79).

<sup>6</sup> El concepto de macdonalización fue desarrollado por el sociólogo estadounidense George Ritzer.

res que debemos considerar o no, y todo aquello en lo que debemos creer o por lo que tenemos que luchar. Hayek dirigía sus dardos contra la planificación económica. Pero sus palabras adquieren hoy todo su sentido cuando contemplamos el poder sin límites de las corporaciones transnacionales y su influencia sobre los gobiernos. Una autoridad económica internacional, no sujeta a un poder político superior, puede fácilmente ejercer el más tiránico e irresponsable poder que se pueda imaginar. Los monopolios u oligopolios privados, fusiones de las que emergen grandes corporaciones permitidas por el poder político, están logrando lo que Hayek denunciaba en la economía planificada. Ironías de la historia. El economista Andreas Papandreou realizó un relevante estudio crítico de la economía neoclásica en un libro de 1972. En él reprochaba a los economistas neoclásicos aplicar esquemas del pasado para un entorno radicalmente diferente. A su juicio el peso que alcanzaban –no olvidemos, en 1972– los oligopolios y su connivencia con el Estado destruyen mecanismos básicos del mercado lo que contribuye a crear un capitalismo paternalista. Este capitalismo está gobernado por una planificación privada y descentralizada de carácter autoritario y tutelar de las grandes industrias<sup>7</sup>. Hoy su análisis tiene plena vigencia. Un equipo de matemáticos de la Universidad de Zurich, especializado en el estudio de sistemas complejos, ha demostrado empíricamente que un pequeño grupo de empresas, encabezados por los grandes bancos, ejercen un poder desmedido sobre la economía global. Los investigadores trabajaron con una base de datos de 37 millones de empresas de todo el mundo. El objetivo era buscar interconexiones entre ellas. Obtuvieron las 43.000 transnacionales que las unían. Desarrollaron un modelo para estudiar la participación de las redes de accionistas que unían a estas transnacionales y llegaron a determinar un núcleo con 1.318 empresas que representan el 60% de los ingresos mundiales. Este núcleo les condujo a la identificación de un núcleo de 147 empresas estrechamente vinculadas entre sí, capaces de controlar el 40% de la economía mundial<sup>8</sup>.

Terry Eagleton afirma que en el preciso momento en que hemos empezado a pensar en pequeño, la historia ha empezado a actuar en grande. «Actúa localmente, piensa globalmente» se ha convertido en una consigna familiar para la izquierda; pero vivimos en un mundo donde la derecha política actúa globalmente y la izquierda posmoderna «piensa» localmente. Mientras el meta-relato de la globalización capitalista se expande por el planeta –junto a la reacción destructiva que provoca– muchos intelectuales de izquierda han dejado «de pen-

---

<sup>7</sup> PAPANDREOU, G., *El capitalismo paternalista*, Alianza, Madrid, 1973, pp. 11-17.

<sup>8</sup> <http://www.newscientist.com/article/mg21228354.500-revealed--the-capitalist-network-that-runs-the-world.html>; <http://www.elblogsalmon.com/economia/estudio-empirico-revela-la-red-capitalista-que-domina-al-mundo>. La gran mayoría de estas corporaciones son entidades financieras de Estados Unidos y el Reino Unido.

sar» en términos políticos. Confrontando a un enemigo político implacable –y en ese aspecto fundamentalista–, Occidente se verá sin duda cada vez más forzado a reflexionar sobre los fundamentos de su propia civilización<sup>9</sup>.

Las palabras del profesor de Manchester denotan realismo y preocupación por el rumbo que están tomando las cosas. La socialdemocracia parece haber quedado inerte en el combate con el pensamiento de derecha como señalaba en el epígrafe anterior. Es más: da la impresión de estar acomplejada y lastrada por una serie de renunciadas que han horadado los pilares sobre los que descansaba su discurso y daba sentido a su existencia. El primero que se ha dado cuenta de ello ha sido el cuerpo electoral, que se ha desmovilizado progresivamente en las elecciones en Europa. Es como si el éxito electoral circunstancial<sup>10</sup> de algunos líderes derechistas, junto con acontecimientos históricos mundiales de los noventa, hubieran acomplejado a la izquierda y carcomido a la socialdemocracia europea.

Periódicamente, salen a la luz datos dramáticos sobre la concentración de la riqueza y las diferencias entre ricos y pobres. Desde esta perspectiva, el profesor Eagleton se pregunta: ¿cómo es posible que en un mundo donde el poder del capital es cada vez mayor, la oposición al mismo sea proporcionalmente menor a la de hace unas décadas? Estimo que la socialdemocracia ha caído en dos trampas fundamentales que avanzan las renunciadas que veremos a continuación: la primera sería (i) el exceso culturalista y, en segundo lugar, (ii) el abandono de la justicia social, como pilar básico de su acción económica.

Perry Anderson insiste aún más en las insuficiencias que describe Eagleton, pues estima que el análisis cultural, propiciado por buena parte de la socialdemocracia y del resto de la izquierda, ha tenido como consecuencia un distanciamiento entre izquierda y clase trabajadora<sup>11</sup>. Las necesidades de esta última han pasado a un segundo plano. De los resultados de este proceso se han beneficiado no ya solo la derecha neoliberal, sino también la derecha neofascista, la más ultra-conservadora en sus principios morales y la más racista en aspectos tales como la inmigración. El éxito de Le Pen entre los trabajadores o el apoyo a la Directiva sobre Retorno en la UE, no hace demasiado tiempo, debiera incitarnos a pensar en este sentido.

Frente a insuficiencias como las descritas, se recurre a la consigna o al mensaje superficial; desterrando categoría analíticas fundamentales para la izquierda como «*la clase social*». Ya no está de moda hablar

<sup>9</sup> EAGLETON, T., *Después de la teoría*, Barcelona, Debate, 2005, p. 84.

<sup>10</sup> Por ejemplo en el Reino Unido, donde el impopular gobierno de Thatcher iba camino de la derrota electoral cuando se cruzó en su camino la Junta Militar Argentina y su ataque a las islas Malvinas, que encumbró la maltrecha imagen de la Primera Ministra a la cima del olimpo de las encuestas de opinión y a la victoria que le permitió revalidar su cuestionado mandato.

<sup>11</sup> *Vid.*, ANDERSON P., *Considerations on Western Marxism*, London, Verso Press, 1976.



de la clase trabajadora. Ahora se reivindican las naciones, los grupos, las etnias, etc. Pareciera que la denuncia de la secuencia explotación/opresión ya no es políticamente correcta.

Cuando se cae en la trampa del culturalismo y se olvida la clase social, se termina por perder la capacidad de transformar la realidad. Hace unos años el historiador Thomas Frank publicó un libro en el que estudiaba las razones de por qué la población trabajadora de Kansas votaba contra sus intereses económicos. Para Frank los republicanos han sido hábiles en instrumentalizar una coalición conservadora culturalista que vota contra sus propios intereses económicos<sup>12</sup>. En EE.UU., los colectivos críticos de los setenta fueron divididos deliberadamente. Se acentuaron, desde los sectores republicanos, las diferencias religiosas e identitarias entre unos y otros, hasta que perdieron pujanza en la escena política, como ha llegado a reconocer Pat Buchanan<sup>13</sup>. Sin embargo, fue la izquierda la que reconoció tanto la interrelación histórica entre las diferentes formas de dominación como la necesidad de superarlas para liberar a los seres humanos<sup>14</sup>. Las luchas feministas o raciales han sido también luchas de clase.

Buena parte de los partidos socialdemócratas han renunciado a la idea de justicia social, para poder adaptarse a las exigencias de las grandes *elites* empresariales, en perjuicio de los trabajadores y de las pequeñas y medianas empresas. Han acudido al debate culturalista para aportar una diferencia que les permitiera distinguir su oferta electoral.

En la última década la socialdemocracia ha tratado de sostener propuestas pseudo-antagonistas a las de los partidos de derecha, que se tradujeron en mejoras sociales puntuales y en ampliaciones de derechos. El viraje radical hacia la comprensión fragmentada de problemas como el género, la cultura, la etnia o la identidad, acabó por distraer a la socialdemocracia de una comprensión relacional y global de los mismos, junto con la renuncia a puntos claves de la tradición económica de la socialdemocracia. Los ciudadanos votaban a la izquierda para que resolvieran sus problemas y se encontraban con más de lo mismo; solución: voto a lo mismo o no voto. Como apunta Eagleton, es curioso que el pensamiento postmoderno convirtiera la diferencia en fetiche, cuando «lo diverso» no es propiamente un valor en sí mismo. Mientras que los intelectuales de izquierda y los teóricos culturales se concentraban en diferenciar culturas, etnias, identidades, etc., los capitalistas hacían más negocios y se hacían más fuertes

---

<sup>12</sup> Vid., FRANK, T., *What's the Matter with Kansas. How Conservatives Won the Heart of America*, New York, Henry Holt and Company, 2004, pp. 22 ss.

<sup>13</sup> MANTEL, H., SKROVAN, S., *An Unreasonable Man*, DVD, 2006.

<sup>14</sup> YOUNG, R.J.C., *Postcolonialism: A Historical Introduction*, Oxford, Blackwell, 2001, p. 142. El propio Marx en su Crítica del Programa de Gotha se sitúa en contra del hecho de entender a los trabajadores tan solo como trabajadores, obviando otro tipo de filiaciones (Marx, K., Ateneo, Buenos Aires, 1972, pp. 32-33).



(más ricos). La derecha se tornaba más ambiciosa, mientras que la izquierda se volvía más timorata. La izquierda ya no hablaba de capitalismo. Hacerlo se consideraba totalizador y economicista<sup>15</sup>.

En definitiva, la socialdemocracia ha seguido piadosamente en las últimas décadas, en lo que a sus políticas socioeconómicas se refiere, las propuestas de la derecha. Las políticas de ampliación de derechos para homosexuales o mujeres tienen importancia. Nada más lejos de mi ánimo negarles relevancia. Pero lo que se debe cuestionar es que estas se erijan en la única seña de identidad que permita al elector distinguir entre un partido de derechas y otro socialdemócrata. Aún más, si tenemos en cuenta que algunos partidos de derecha, con menor influencia religiosa, están incorporando propuestas como el matrimonio homosexual.

Los partidos políticos socialdemócratas europeos están sustituyendo las ideas y los programas, por el marketing y la imagen y lo peor de todo es que la separación entre ciudadanos y políticas no deja de crecer, lo que anima a grupos de extrema derecha para colonizar aquellos barrios que la socialdemocracia abandonó a su suerte. La gente deja de votar con ilusión, para votar por el mal menor o simplemente para que cambien las caras. ¿Qué razones hay para esta situación? ¿Qué elementos pueden condicionar la acción de la socialdemocracia?

Tampoco es fácil responder a estas preguntas. Las causas son muchas y las respuestas, por tanto, deben ser prolijas. No obstante, hay una que se nos antoja muy convincente, porque sintetiza buena parte de sus problemas. Es la que incide en «las renuncias de la socialdemocracia». Desde esta perspectiva, la socialdemocracia ha realizado una serie de renuncias que limitan bastante sus posibilidades de transformación socio-política de la realidad y que, por tanto, la dejan a expensas de las iniciativas políticas e ideológicas de la derecha. Básicamente podemos distinguir tres grandes renuncias: (i) la renuncia a apostar por una alternativa económica; (ii) la renuncia a integrar/organizar otros colectivos críticos para reinventarse –como ha hecho a la inversa la derecha; y (iii) la renuncia a la clase social como elemento aglutinador e integrador de otras reivindicaciones.

#### a) **La renuncia de la justicia social**

El éxito de la socialdemocracia en Europa fue su compromiso con el establecimiento y desarrollo del Estado del bienestar. Este modelo se basó en la universalización de los derechos sociales y laborales, a la vez que se promovía una fiscalidad progresiva que potenciaba la equidad. Como consecuencia de estas políticas, se incrementó la capacidad adquisitiva de la población, mediante un incremento de las rentas del trabajo.

---

<sup>15</sup> EAGLETON, T., *Después de la teoría*, op. cit., pp. 58-64.

El Estado intervenía en la economía y no solo con la inversión, sino también en la regulación de actividades claves para la economía, con el fin de garantizar la existencia y accesibilidad de recursos básicos. Pero todo eso iba a cambiar sensiblemente a partir de los ochenta y radicalmente en los noventa.

La socialdemocracia cedió la iniciativa política a la nueva derecha. Se avergonzó de las políticas sociales que había llevado a cabo y terminó asumiendo ideas que colisionaban con sus postulados más básicos (defensa de derechos sociales, el desarrollo de los servicios públicos o la erradicación de la miseria) y, lo que es peor aún, con los de su electorado.

No hay una sola razón para el éxito de este complejo. La influencia de la arquitectura institucional nueva, a la que en el epígrafe anterior hacía referencia, podía ser una de ellas. Algunos teóricos como Giddens lo justifican así. Consideran que la globalización impide las políticas económicas que antaño practicó la socialdemocracia<sup>16</sup>. Sin embargo, como señala Navarro, este argumento ignoraba, por una parte, que los países donde la tradición socialdemócrata estaba más desarrollada eran los países escandinavos, Estados profundamente globalizados, pues al ser pequeños, la suma de sus importaciones y exportaciones representaba el porcentaje del PIB más alto de la UE. Se demuestra que un país podía estar muy globalizado y, a la vez, continuar desarrollando políticas socialdemócratas<sup>17</sup>.

Por otra parte, no podemos perder de vista, que políticos socialdemócratas han participado muy activamente en la construcción de la globalización. Socialdemócratas procedentes de los principales partidos socialistas europeos han ocupado cargos muy relevantes en instituciones muy influyentes que se han convertido en engranajes indispensables para el triunfo del neoliberalismo. El argumento de Giddens no es convincente, puesto que naturaliza la globalización. Esta no es un proceso natural, sino político y económico que se desarrolla con la intervención de actores específicos y por la toma de unas decisiones en vez de otras. Como señala Mosco, la globalización es despolitizada por aquellos que la naturalizan y de esa forma impiden la reflexión sobre la misma; globalización es una marca mítica sobre la que no cabe discusión<sup>18</sup>.

Ejemplo de lo que afirmo es la economía de la transición y su inventor, el economista Jeffrey Sachs. El 13 de enero de 1990, Jeffrey Sachs publicó un artículo en *The Economist* titulado ¿Qué hacer? Con este rótulo leniniano, Sachs planteaba el reto que para los Estados

---

<sup>16</sup> Vid., GIDDENS, A., *La Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia*, op. cit., cap. 1.

<sup>17</sup> NAVARRO, V., *La crisis de la socialdemocracia en Europa*, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=108150>

<sup>18</sup> MOSCO, V., *The Digital Sublime. Myth, Power, and Cyberspace*, Cambridge, MIT Press, 2004, p. 172.

occidentales suponía los cambios producidos en la Europa del Este. Sus propuestas fueron respaldadas por los gobiernos británico y estadounidense. Sachs estima que Occidente ha de trazar un plan para estos países que les evite errores que impidan la consolidación institucional y estabilidad democrática. Sachs justifica un giro radical hacia el capitalismo sustentado sobre los siguientes pilares: libre comercio, convertibilidad de divisas, auge del sector privado como motor económico<sup>19</sup>. Esta terapia de choque se impuso a otras ideas provenientes de Francia. La alternativa gala defendía una transformación más suave que comprendiera mantener lazos económicos como el COMECON, no presionar a los países para que impusieran un sistema específico, crear un banco de desarrollo regional o no atraer, de momento, a los Estados de la Europa del Este a la C.E.<sup>20</sup>. Este modelo, más parecido a un plan Marshall de finales del siglo xx, no obtuvo éxito. Se impuso el modelo antagónico, que implicó la adecuación de las instituciones económicas y estatales de los países del Este a la dinámica capitalista que se abría paso y que se denominó como globalización. Una transnacionalización de capitales que implicaba la constitución de una arquitectura institucional sustentada sobre la creación de nuevas organizaciones multilaterales como la OMC y la reformulación de organismos antiguos como el Banco Mundial o el FMI. Esta nueva constitución material a escala global se completaba con la adecuación de organizaciones internacionales de integración regional como la C.E. o MERCOSUR a los objetivos del consenso de Washington. Esta fue la primera de las derrotas de la socialdemocracia. Asistió a la imposición de un modelo unívoco de relaciones económicas, políticas y culturales en áreas como Europa del Este, Latinoamérica o Asia y fue incapaz de pararlo. Es más: el modelo terminó por fagocitar su ideario.

La socialdemocracia se creyó que su modelo estaba agotado. Pero en vez de haber buscado vías de renovación en la izquierda, aceptó el discurso dominante de su adversario. La socialdemocracia asumió que la única alternativa posible era el plan económico de la nueva derecha o el desastre. La nueva derecha supo plantear con maestría una de las falacias más viejas que se conocen: la falacia del falso dilema. Estás con nosotros o contra nosotros. En este caso suponía dar por sentado que no existían alternativas económicas factibles. La socialdemocracia aceptó esa falacia en vez de arriesgar y aportar por otras vías. Y no me refiero a la Tercera Vía o al social liberalismo, que no es más que el producto de la renuncia que estudiamos. Otras posibilidades que hubieran revitalizado el Estado del bienestar o profundizado en la democracia<sup>21</sup>. Como afirma Paolo Virno, un problema puede afrontarse cam-

<sup>19</sup> GOWAN, P., *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Madrid, Akal, 2000, pp. 241-246.

<sup>20</sup> *Íd.*, p. 242.

<sup>21</sup> *Vid.*, mi trabajo sobre el Greater London Council y la producción socialmente útil en RODRÍGUEZ PRIETO, R., *Ciudadanos Soberanos*, Córdoba, Almuzara, 2005.

biando el contexto en el que se inserta el problema, en vez de aceptando y eligiendo alguna de las alternativas que se nos presentan<sup>22</sup>.

Karl Polanyi en «La Gran Transformación» plantea que debemos entender el socialismo como «la tendencia inherente en una civilización industrial a trascender al mercado autorregulado subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática. Es la solución natural para los trabajadores industriales que no ven ninguna razón para que la producción no sea regulada directamente y para que los mercados no sean más que un aspecto útil pero subordinado de una sociedad libre»<sup>23</sup>. Quizá la socialdemocracia no iría tan lejos como Polanyi, pero probablemente estaría de acuerdo en abrir espacios de libertad en que la ciudadanía pudiera participar activamente en el gobierno del aparato productivo. Cuando la economía tiene un gran impacto en la vida de los ciudadanos no se puede dejar al albur de los intereses de un puñado de accionistas. El Estado democrático está para evitar los desmanes que se producen, entre otras cosas, cuando falta regulación. Esa desregulación está teniendo consecuencias serias en nuestros días, con un mercado financiero desbocado y concentraciones empresariales que constituyen empresas con más PIB y poder que muchos grandes Estados. La socialdemocracia debiera preservar la igualdad de oportunidades y las necesidades básicas de la población.

Pero la socialdemocracia ha claudicado pese al criterio de sus bases, más cercanas a los problemas cotidianos de la gente (contratos decentes; acceso razonable a la vivienda; educación, sanidad e infraestructuras de calidad y gratuitas, o que las corporaciones no prevalezcan sobre la democracia). Al actuar así contribuye «por omisión» a la sustitución del Estado liberal de Derecho por un Estado del Capital<sup>24</sup>.

El Estado de Derecho en el liberalismo fue concebido para preservar los intereses de los grupos dominantes. No obstante, la democracia como proceso histórico de emancipación, las luchas sociales y las mejoras en la calidad de vida de las personas, posibilitaron que el Estado de Derecho adquiriera una dimensión más social, que en determinados momentos de su desarrollo, dio frutos muy positivos. Hoy, ha sido sustituido sin más por un Estado del Capital sobre la base de tres pilares fundamentales: (i) la legislación que emana de las organizaciones multilaterales, (ii) los contratos privados de las corporaciones transnacionales y (iii) la legislación de las organizaciones de integración regional. En ninguna de estas fuentes del derecho contemporáneo existe el más mínimo resquicio para la representación popular.

---

<sup>22</sup> VIRNO, P., *Gramática de la Multitud*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003, p. 69.

<sup>23</sup> POLANYI, K., *La gran transformación*, México, FCE, 2003, p. 294.

<sup>24</sup> La falta de control sobre la política monetaria de los bancos centrales nacionales o las ayudas al sector financiero para repuntar la crisis económica, testimonian suficientemente este hecho.

La vía para superar este complejo consiste en: (a) la negación sistemática del capitalismo, no ya solo como modelo productivo, sino como fenómeno cultural y simbólico. Si en otro contexto espacio temporal fue un interlocutor posible, hoy ha dejado de serlo y por ello la socialdemocracia tiene que ofrecer alternativas a un modelo que empobrece y concentra la riqueza; (b) en la construcción de prácticas de organización socio-económica no capitalistas, que posibiliten la libre competencia y una producción que atienda las necesidades sociales. Pero siempre desde la ruptura activa con este modelo político, económico y cultural que está enfrentado a la justicia social; y (c) en la cooperación entre trabajadores, trabajadores autónomos y empresarios pequeños y medianos. Sólo siguiendo la estrategia desarrollada por el capitalismo desde el feudalismo, es decir, construyendo islas en un mundo que no era el suyo, se pueden edificar los cambios. Son necesarias islas no capitalistas.

#### b) **La renuncia a integrar y organizar**

La crisis de organización que afecta a buena parte de la izquierda condena a los diferentes colectivos y/o movimientos sociales a la fragmentación, o lo que es lo mismo, a la inacción al carecer de estrategias comunes. No se puede decir que los partidos socialdemócratas hayan perdido capacidad de organización. El problema reside en que al mismo tiempo que se han jerarquizado de forma espectacular, convirtiéndose en entes elitistas, se han olvidado de sus bases. Por sus bases no solo me refiero a sus militantes, sino a los colectivos que pudieran identificarse con ideas como la justicia social, la protección de las minorías o el medio ambiente y la profundización en la democracia. La socialdemocracia malbarató en los setenta el caudal de imaginación que provenía de los nuevos movimientos sociales y de colectivos obreros autonomistas. No solo eso: los trató de destruir casi con la misma inquina que lo hacían las fuerzas conservadoras, para después abrazar los ideales de la derecha. Hoy en día se ha dado algo similar con la posición de la socialdemocracia frente a los colectivos que integran el Foro Social Mundial o reivindican mayor democracia y mayor cantidad de espacios públicos y comunes para preservarla y desarrollarla.

Estos colectivos, que gravitan alrededor suya, y que deberían impulsar cambios en la socialdemocracia, son incapaces de influir en la sociedad por su falta de organización y por su limitado acceso a los medios de comunicación social. La emergencia que estos devenires minoritarios<sup>25</sup>, según la afortunada fórmula de Deleuze y Guattari, tuvieron en los setenta y su adaptación a los retos del mundo actual pueden ser un germen de transformación radical de las relaciones ins-

---

<sup>25</sup> Vid., GUATTARI, F., y ROLNIK, S., *Micropolítica. Cartografías del Deseo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006, pp. 23 ss.

tituidas por el capital. Lo importante es no perder el contacto con la base social real de las luchas o pensarse como una vanguardia que sabe en todo momento lo que la gente necesita o desea<sup>26</sup>.

Estos colectivos terminan, en su inmensa mayoría, fagocitados por la estructura del partido o limitados a ser meros grupos marginales sin poder de influencia real. Una organización eficaz de colectivos de izquierda, no equivale a jerarquizarlos ni, mucho menos, a limitar las posibilidades de interacción de los distintos grupos que intervienen en él. Colectivos de mujeres, parados de larga duración, okupas, autónomos, de ayuda a inmigrantes, podrían ser claves en el renacimiento de la socialdemocracia. Sin embargo, su influencia es reducida o casi inexistente.

¿Qué habría sido del movimiento obrero sin organización? ¿Por qué no alcanzar acuerdos sobre las necesidades comunes que tienen los seres humanos, independientemente del proceso cultural en el que estén inmersos? ¿Por qué no construir estructuras que posibiliten de verdad una acción colectiva? ¿Por qué no aprovechar la riqueza humana y espacial de colectivos sociales?

Se piensa, equivocadamente, que la unión de los diferentes colectivos reproducirá jerarquías y homogeneizará tanto los esquemas como los puntos de vista. El resultado de este complejo es evidente: la izquierda pierde su potencial emancipador y sus éxitos se reducen a efectismos de carácter anual que no tienen continuidad en una acción sistemática, coordinada y responsable, que dé voz a los grupos sociales sometidos y que propicie de verdad transformaciones socio-económicas.

Pareciera que solo los «neocons» han leído a Gramsci. Que solo ellos han aprendido la importancia que tiene crear estructuras que permitan avanzar en la confrontación de posiciones. A comienzos de los años ochenta, fueron los conservadores los que vieron peligrar su hegemonía por el empuje de los movimientos de los sesenta y setenta. Su respuesta fue crear *think tanks*, es decir, decidieron unirse, disolver las diferencias y organizarse. El producto ya lo conocemos de sobra: la globalización.

Hoy los neoconservadores dan una nueva lección a la izquierda a la que se llama Tea Party. Después de la pésima imagen proyectada por ocho años de gobierno republicano, han sabido reinventarse y proyectar una imagen de falsa novedad o incluso de «rebeldía» frente a Washington. No se puede negar la influencia de los medios de comunicación o los fondos propiciados por la sentencia del Tribunal Supremo que deja sin límites las aportaciones de las grandes corpora-

---

<sup>26</sup> NEGRI, A., *La fábrica de porcelana. Una nueva gramática de la política*, Barcelona, Paidós, 2008, p. 32.



ciones a la vida política<sup>27</sup>. Pero el dato no debe dejar de hacer reflexionar a la izquierda.

Los colectivos de derecha no se plantearon la disyuntiva de actuar a nivel local o global. Sencillamente actuaron y pensaron en todos los planos (local y global), en todos los escenarios (el político, el económico, el cultural, etc.), y en todos los espacios (ciudadanía, mercado, trabajo, familia). Hoy lo sigue haciendo consolidando foros como el de Davos, cuyo único fin es servir a los intereses de las grandes corporaciones.

Para que la socialdemocracia pueda ser viable, es decir, para que puedan transformar la realidad, necesitan una organización y una estructura de acuerdos mínimos para una acción colectiva a nivel mundial. Debe democratizar sus partidos para dar entrada a colectivos sociales. De no existir estos acuerdos solo quedarán la manifestación, las pancartas y los documentales sobre los periódicos desmanes del capitalismo. Solo la organización, el establecimiento de alianzas estratégicas o la acción concertada a nivel global, puede devolver la iniciativa a una socialdemocracia que precisa de la calle más que nunca en su historia. Es en este sentido, donde se pueden construir espacios comunes<sup>28</sup>, que permitan desarrollar subjetividades críticas dirigidas al autogobierno y a la transformación social.

¿Cómo integrar lo fragmentado? ¿Cómo unir la socialdemocracia a los movimientos sociales y a la izquierda más transformadora o revolucionaria? No es tarea fácil. Pero debemos partir de que se trata de una necesidad ineludible para transformar las relaciones de dominación imperantes. La experiencia política del siglo XX muestra que en los países capitalistas avanzados no se puede construir un partido revolucionario de masas sin romper el control de la socialdemocracia sobre la clase trabajadora organizada. En el contexto de la revolución rusa fue posible para los partidos comunistas escindiendo a partidos socialdemócratas y ganado un buen número de trabajadores para la causa revolucionaria. Hoy, eso no es así, en parte por culpa de la experiencia estalinista. Algunos como Callinicos apuestan por dar cabida a los desengañados del social liberalismo en pos de una socialdemocracia más genuina. No excluir el debate entre reforma y revolución<sup>29</sup>.

Socialdemocracia y movimientos sociales han de participar de las estrategias cooperativas e integradoras que construyan y reivindiquen un trabajo vivo más allá de la dispersión de singularidades y con la

---

<sup>27</sup> Sentencia del Tribunal Supremo de EE.UU. de 21 de enero de 2010 en el caso de Citizen United vs. Federal Election Commission.

<sup>28</sup> Sobre lo común NEGRI, A., HARDT, M., *Commonwealth*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 2009, pp. 325 ss.

<sup>29</sup> CALLINICOS, A., «¿Hacia dónde va la izquierda radical?», en SABADO, F., GARGANAS, P., CALLINICOS, A., «Debate en torno a la izquierda anticapitalista europea», Enlucha, Barcelona, 2010, p. 8.



determinación política de construir espacios liberados de la injusticia social. No es momento de divisiones.

### c) **La renuncia a la clase**

En un congreso de la formación que fundó –La Izquierda–, Oskar Lafontaine reivindicó la influencia histórica de pensadores y activistas como Luxemburgo, Benjamín, Adorno o Marx. La izquierda, y en concreto la socialdemocracia, no puede renunciar a sus referentes filosóficos e históricos y la herencia de integridad y coherencia de los mismos. Sin embargo, la socialdemocracia, que comenzó en muchos casos por renunciar a Marx, ha terminado por asumir posturas nacionalistas que nada tienen que ver con los intereses de la clase trabajadora y que siempre han ayudado a la reproducción del capital.

El debate culturalista, al que hacía alusión anteriormente, ha tenido consecuencias graves para la socialdemocracia. No porque sea una temática que no requiera atención, sino porque ha invisibilizado la cuestión de la clase social. Esta opción culturalista ha tenido una primera consecuencia de extrema gravedad. Algunos partidos socialdemócratas se han convertido al nacionalismo.

Cuando la socialdemocracia se torna nacionalista, deja de ser izquierda. Sustituye el discurso de la contingencia –los problemas materiales de la gente– por el debate sobre abstracciones como «pueblo» o «comunidad nacional», que no son más que esencialismos o romanticismos nacionales ¿Cómo se puede decir adiós a la lucha de clases en un momento en el que más de la mitad de los seres humanos apenas subsisten? La gran aportación intelectual de la socialdemocracia ha sido la apuesta por la justicia social y la denuncia activa de la injusticia y la explotación.

Detengámonos un momento y reflexionemos seriamente hasta que punto vivimos y trabajamos con ellas. Nuestras sociedades están pobladas de metáforas, conceptos, imágenes, estereotipos, símbolos, mitos que influyen en nuestra manera de conocer e interpretar el mundo. El problema surge cuando estas representaciones intelectivas o metafísicas terminan por trascender y luego sustituir la complejidad de la realidad concreta, hasta olvidarse de ella. En este contexto<sup>30</sup> en

---

<sup>30</sup> No han sido pocos los autores que han estudiado la pujanza metafísica de este tipo de representaciones abstractas o conceptos en nuestras sociedades en todos los planos. En el epistemológico Capra, por ejemplo, describe como esta visión abstracta y profundamente reduccionista preside nuestras relaciones con el mundo. A su juicio, las ciencias sociales, tal y como son presentadas y estudiadas en la actualidad, usan sus conceptos básicos (tales como eficiencia, productividad, servicio), omitiendo el contexto social y ecológico en el que se enmarcan (*Vid.*, CAPRA, F., *Física Budista*, en VV.AA., Para Schumacher, Barcelona, Blume, 1981, pp. 153-154). En el plano político, Capella, entre otros, nos sitúa frente a una especie de «soberano supraestatal difuso», muy difícil de controlar y que hace pasar los intereses de un

el que los conceptos o representaciones acaban adquiriendo consistencia sustancial, es decir, acaban identificándose con la realidad, para luego sustituirla, emerge el debate sobre «la identidad, la diferencia cultural o el derecho a la autodeterminación». Este último fue recogido en la Carta de Naciones Unidas como un reclamo para la superación de las prácticas colonialistas de Occidente. Un derecho que ha sido invocado en diferentes espacios geográficos (Europa, Asia, África) y en diversos contextos sociales (pobreza, discriminación o conciencia de una cultura propia y diferenciada).

Hablar en abstracto de la «identidad» es lo mismo que caer en una trampa metafísica, que elude el abordaje de otros problemas. Ya Rosa Luxemburgo estimaba, que el derecho de las naciones a la autodeterminación no es una guía política (programática) para abordar la cuestión de las nacionalidades, sino para eludirla<sup>31</sup>. No es más –parafraseando a esta autora– que un *cliché metafísico*. Si el derecho a la autodeterminación tuvo algún sentido, fue en el contexto de la descolonización. Hoy se ha convertido en un arma de la derecha política para fragmentar los intereses de la clase trabajadora, especialmente en los focos nacionalistas que emergen en Occidente.

Desde este cliché metafísico no se contemplan ni los contextos ni las condiciones históricas, como tampoco se visualizan los procesos de distribución de la riqueza entre los seres humanos en un espacio y tiempo determinados. El concepto de «nación» es una categoría del pensamiento liberal, que abraza una concepción totalmente acabada y cerrada del mundo. En la sociedad de clases la nación, como entidad sociopolítica homogénea, no existe. Tan solo existen clases con intereses y derechos antagónicos<sup>32</sup>.

La fuerte soberanía del capital global y los efectos que se derivan de la misma hacen que las influencias externas y los contextos sean aún más decisivos, si cabe, en el análisis de este fenómeno. La interdependencia y el incremento de las relaciones en un mundo global e interdependiente se compadecen muy poco con la emergencia de brotes nacionalistas en todo el planeta. Parece paradójico, pero no lo es. La globalización en marcha impone una serie de valores que dicen

---

grupo minoritario por los de la mayoría. Conocemos los problemas y los efectos que acarrear, pero no conseguimos identificar las causas. Abstracciones como «el mercado», «la oferta y la demanda», acaban velando esta posibilidad. (Vid., CAPELLA, J. R., *Fruta prohibida. Una aproximación histórico-teórica al estudio del derecho y del Estado*, Madrid, Trotta, 1997, p. 260). En el plano cultural, estas miradas se completan con la de Said, para quien Oriente no es un asunto sobre el que pueda discutirse libremente. La razón es que Occidente ha dispuesto otro Oriente, de acuerdo con un esquema que tiene por objeto confirmar su propia concepción preestablecida sobre lo oriental. Dicha concepción servirá para consolidar la superioridad de un nosotros racional y lógico –occidente– en oposición a lo bárbaro e irracional –el otro de Oriente.

<sup>31</sup> LUXEMBURGO, R., *La cuestión Nacional*, Barcelona, El Viejo Topo, 1998, p. 21 ss.

<sup>32</sup> *Idem.*

poco del ser humano. Valores que se reproducen desde la secularización –que no desacralización– iniciada por Hobbes en el Leviatán, hasta los textos sobre «la racionalidad instrumental» de nuestros días. El egoísmo, «la elección racional», la superioridad de unos pueblos sobre otros, los elegidos o ganadores y los perdedores o fracasados, la supuesta estructura de igualdad de oportunidades, etc., son abstracciones, que configuran una imagen y una noción del mundo a medida de la eficiencia, el máximo beneficio y el neoliberalismo.

El capitalismo es el verdadero beneficiario de la absolutización de este tipo de categorías. Sus valores, su concepción de la vida, han traspasado las fronteras de la fábrica y han colonizado todo el imaginario. El mercado se impone como el único contexto social compartido por todos. Junto a él emergen con fuerza los nacionalismos con su vocación particularista frente a la secuencia homogeneizadora de la globalización. Como afirma Barber, estamos presenciando un choque entre dos fundamentalismos: entre una *Jihad* particularista y el *McWorld* homogeneizador. Los procesos de autonomía que se vivieron en la provincia de Santa Cruz en Bolivia, son un ejemplo a medida de lo que aquí decimos: El objetivo de los mismos es adquirir privilegios respecto al resto del país, merced a sus recursos naturales. Egoísmo e insolidaridad auspiciados por la oligarquía local, frente al gobierno de Evo Morales.

La absolutización identitaria o el reduccionismo particularista pueden llegar a provocar episodios genocidas, como los de la antigua Yugoslavia. La estrategia del nacionalismo, consistente en la creación de pequeños Estados-nación, no solo reproduce el orden establecido, sino que lo amplían. Al ser más débiles –Estados más pequeños– son más vulnerables a la influencia de las grandes corporaciones. El nacionalismo no se opone a la globalización, sino que forma parte de su realidad política y estratégica.

En fin, la identificación de la izquierda con las políticas identitarias ha sido nefasta para la misma. Como venimos diciendo, ha obviado su activo principal, *la clase social*, para centrarse en los particularismos nacionalistas. Como bien apunta José M.<sup>a</sup> Delgado, esta *supuesta* izquierda ha sustituido el «proletariado» como agente de la revolución, por los «pueblos». Al hacerlo, fragmenta a los Estados y divide a los trabajadores –a través, por ejemplo, de la creación de sindicatos nacionalistas– y, lo que es peor, no atisba políticas económicas y sociales, en el marco de estos poderes autonómicos o federales, que confronten con el paradigma neoliberal. Y subraya con amargura: «Y así nos va a la izquierda, sin brújula, sin principios, auto-referenciándonos en un ciclo sin fin de errores y claudicaciones oportunistas»<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> DELGADO, J.M., *Rosa Luxemburgo: Un pensamiento irre recuperable* (<http://www.forosocialevilla.org/spip.php?article359>)

Thompson<sup>34</sup> analizaba la categoría de clase como un proceso de *autoconstitución* sostenido en la experiencia, la socialización conjunta, la cultura de clase, la lucha entendida como la capacidad de desarrollar comunidades que intentan en todo momento sustraerse de las relaciones capitalistas de producción, de los dispositivos de subordinación y disciplina, de la violencia sistémica que se ejerce en la transformación del trabajo vivo en fuerza de trabajo subordinada al capital. Alejándose de una aproximación economicista que explicaría la clase a partir de su papel en el proceso de producción, se centra en la expresión colectiva de intereses comunes, una clase que se funda en una experiencia compartida.

Como muy bien afirma la extraordinaria feminista bell hooks, la liberación solo tiene lugar en un contexto donde podemos imaginar subjetividades diversas, constantemente cambiando y operando en estados de contingencia cultural. Para superar el racismo la comunidad negra de EE.UU. no puede quedarse solo en la cuestión racial. Clase, género u orientación sexual son importantes en la construcción de identidad<sup>35</sup>.

Si la socialdemocracia quiere fortalecerse debe abandonar esta identificación con el nacionalismo. Este complejo daña y debilita la acción global y, necesariamente transnacional, de una nueva izquierda más responsable con la defensa de la clase social. La acción transnacional de la izquierda debe contextualizarse y debe abrirse a la diferencia, a la aportación postcolonial (que tanto sabe del sufrimiento y la opresión), al feminismo y a un universalismo de confluencia (como postula David Sánchez) decididamente democrático. Es decir, debe abrirse a la riqueza del mundo.

#### 4. LAS ALTERNATIVAS DE UNA SOCIALDEMOCRACIA FUERTE

Estos argumentos, presentados como «renuncias», pretenden ser una propuesta para que los movimientos sociales, los intelectuales, los partidos socialdemócratas, los diferentes colectivos y, en general, las personas que se sienten de izquierdas, reflexionen sobre el alcance actual de sus respectivas posiciones políticas y, especialmente, sobre sus posibilidades de cara al futuro.

El modelo vigente de relaciones productivas articula relaciones muy asimétricas entre los seres humanos. La pobreza, la concentración de la riqueza y los índices de calidad de vida así lo atestiguan. El pensamiento de izquierda es básicamente una reacción a la abstrac-

---

<sup>34</sup> THOMPSON, E.P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 43 ss.

<sup>35</sup> *Vid.*, HOOKS, B., *Killing rage. Ending racism*, New York, 1995, p. 248.

ción del Estado liberal que reconoce «la igualdad de todos ante la ley», pero que ignora la diferencia de clases. Siempre ha sido una respuesta a esa configuración sociocultural, que descontextualiza las condiciones de producción y reproducción de la vida y absolutiza la acumulación de capital como eje necesario del orden social.

La socialdemocracia obtuvo un gran éxito en un contexto espacio temporal muy distinto y limitó gran parte de los efectos perversos del capital. El modelo capitalista, tal y como es concebido en nuestro presente, es positivo y eficiente solo para unos pocos. La socialdemocracia debe iniciar un proceso reflexivo para una nueva inteligibilidad sobre las relaciones de justicia o la distribución de bienes en una sociedad. El pensamiento de izquierda es necesariamente contingente, pues se vincula al espacio y el tiempo en los que se inserta. De ahí su innegable historicidad e integridad con la complejidad de lo real.

La socialdemocracia debe apuntar principalmente a crear un marco cognitivo o conceptual basado en: (i) la inequívoca lucha por la justicia social, (ii) en el respeto de los derechos humanos, de la identidad plural de todos los sujetos y de la democracia y (iii) en la negación del capitalismo mediante la construcción de un orden cultural, político y económico alternativo.

4.1 *La inequívoca lucha por la justicia social.* La clase social debe recuperar el lugar que le corresponde en el discurso de la socialdemocracia. El objetivo de la justicia social solo se puede comprender y articular, desde el reconocimiento de la clase como su mensaje central. Otros elementos o nociones como el género, la etnia, la orientación sexual son precisamente importantes, porque sus «lugares» y sus posiciones específicas están implicados en el concepto de clase social. Sin este, no pueden desplegar sus potencialidades emancipadoras. Solo a través de la idea de *clase social*, es decir sin transigir a los discursos que la supeditan u ocultan, se pueden relacionar todos los tipos de opresión. Las relaciones de dominación no se pueden clasificar en compartimentos estancos. Se deben tratar de forma relacional, porque no se puede combatir contra una, sin enfrentar a todas las demás.

La justicia social ha sido una de las reivindicaciones clásicas de la izquierda a lo largo de toda su historia. Una de las contribuciones más significativas es la del profesor David G. Gil<sup>36</sup>. Para el Profesor de la Universidad de Brandeis la idea de justicia social es bastante difusa.

---

<sup>36</sup> Vid., GIL, D. G., «In Pursuit of Social Justice» *Klamath Sustainable Communities* [Reprinted from Poverty and Social Justice Connection (2006), vol. 8. 3 (2007)]; GIL, D. G., «Social Welfare Services and Social Justice», *Taiwanese Journal of Social Services* 5. 2 (2007): 2-29; GIL, David, G., «Reframing Political Discourse: Politics of Human Needs», *New Global Development: Journal of International and Comparative Social Welfare* (1998): 15-22; Vid., GIL, D. G., *Confronting Injustice and Oppression*. New York, Columbia University Press, 1998.

Requiere, por tanto, de compromisos serios que desarrollen y concreten su alcance y significado. Con este objeto, desbroza la idea de justicia social en tres niveles distintos, aunque muy relacionados: (i) las relaciones humanas individuales, (ii) las instituciones sociales y los valores, y (iii) las relaciones humanas globales.

Gil señala que comprender al «otro» como parte de ti mismo, es la vía para lograr un pensamiento más «inter-subjetivo», «ecologizado» y respetuoso con lo humano y la naturaleza. Esta idea ha sido defendida también por autores como Mounier, Morin o Capra. De aquí emana la exigencia ética del *compromiso para la acción* que demanda la izquierda. Solo en la esfera del *inter-entre-* deviene el *nosotros esencial*, verdadero germen del socialismo. *Ser* es co-existir, es proyectarse, es convivir, es abrirse a la realidad de los demás y sus problemas. *Ser* es necesariamente *ser-con*, pues somos en la medida en que nos preocupamos y relacionamos con los demás. El marco epistemológico de la izquierda no es el *yo pienso*, sino en el *nosotros somos*.

En el segundo nivel, el de las instituciones sociales y los valores, la noción de justicia social entraña actuaciones que (a) satisfagan las necesidades intrínsecas de los seres humanos y (b) desarrollen las potencialidades de todos los sujetos, a nivel local y global. Las sociedades socialmente justas a lo largo de la historia han sido siempre igualitarias y genuinamente democráticas, es decir, sin violencia estructural.

El tercer nivel escenifica la extensión de las relaciones del primer nivel a todas las personas y, por ende, la ampliación del contexto institucional de justicia social desde el ámbito local y nacional al global. Ya que los principios de justicia social tienden a prevenir todas las formas de violencia atajándolas en su origen y causas, esta visión implicaría un contexto de relaciones definitivamente pacífico o sin violencia estructural.

Para Gil, la justicia social se relaciona estrechamente con la igualdad. La sociedad igualitaria es una idea socio-filosófica que atribuye a todas las personas los mismos derechos, idénticas responsabilidades e iguales oportunidades en todas las esferas de la vida: (i) en el control de los recursos, la organización del trabajo y la producción; (ii) en la distribución de bienes, servicios y derechos y (iii) en el gobierno y en la reproducción social del orden. La noción de igualdad no equivale, por tanto, a decir: «¡que todo se divida y reparta en partes iguales!», sino que presupone una distribución de los bienes, responsabilidades y derechos en función de las diferencias individuales y de «todas» las necesidades existentes. Las sociedades socialmente justas tienden a la práctica real, no ritual, de la democracia. En un contexto de igualdad política, social y económica ningún grupo o clase social puede llegar a monopolizar la tensión *poder-democracia*, hasta el punto de bloquear el autogobierno y reprimir las iniciativas del resto de la gente.

Los valores son principios éticos necesarios para la acción. Orientan el comportamiento humano y, por tanto, las relaciones sociales que se derivan del mismo, pues los valores no son independientes y se adhieren a los hechos (que valoramos). La sociedad será, por tanto, justa o injusta dependiendo de los criterios éticos que la sustentan. David Gil clasifica, en este sentido, las sociedades como justas o injustas en función de sus principios éticos (valores) y sus valoraciones (juicios básicos).

Sociedades justas	Sociedades injustas
Igualdad.	Desigualdad.
Libertad.	Dominación y explotación.
Individualidad.	Egoísmo e individualismo.
Bien colectivo y ayuda mutua.	Desconsideración hacia la comunidad.
Cooperación.	Competitividad.

Los requisitos institucionales de la justicia social –escribe D. Gil– se materializarán cuando los recursos productivos, el conocimiento, el trabajo, los bienes y servicios de la comunidad global se vuelquen en la satisfacción de las necesidades intrínsecas de todos los sujetos, de manera tal que todas las personas, y en todas partes, tengan y puedan ejercer los mismos derechos y las mismas responsabilidades. La calidad de vida de todos es el *juicio básico necesario* de las sociedades justas. Esta tendrá lugar cuando todas las personas sean libres de desarrollar sus capacidades e iniciativas y cuando se puedan utilizar los recursos productivos y los conocimientos acumulados en esfuerzos productivos socialmente significativos<sup>37</sup>.

Pero para que este cambio cultural y social tenga lugar, es preciso transformar previamente las conciencias, es decir, la percepción de los valores y los intereses que tienen los sujetos en todos los segmentos sociales. Para acelerar el cambio se requiere de los movimientos sociales y de los colectivos de izquierda. A ellos les corresponde concienciar críticamente a la sociedad mediante la *práctica no violenta* de «una contra-educación dialógica» como sugirieron y demostraron autores como Paulo Freire o bell hooks.

Esta actitud gramsciana se antoja decisiva para crear y desarrollar modelos socio-económicos alternativos. David G. Gil sugiere la creación de comunidades, cooperativas, empresas autogestionadas y otras instituciones colectivas. De esta manera, «las sociedades socialmente justas» crecerán como islas en medio de un océano de sociedades capitalistas.

<sup>37</sup> La riqueza «real» de las sociedades humanas –afirma David Gil– no reside en la suma de las concentraciones privadas de capital, sino en la unión del potencial humano desarrollado, los recursos naturales y todos los conocimientos y destrezas adquiridos desde los inicios de la evolución social.



4.2 *En el respeto de los derechos humanos, de la identidad plural de todos los sujetos y de la democracia.* Son un fin, en sí mismo, que la socialdemocracia no puede olvidar. La democracia entendida, claro está, como elección de las políticas –que no de las *elites*– es la única idea-proyecto válida para construir sociedades más justas y equilibradas. La articulación seria de este proyecto presupone *la organización* de los diferentes colectivos de izquierdas, que hoy permanecen todavía divididos a causa del localismo de sus visiones e intereses. La diversidad de opciones y/o perspectivas no tiene por qué conducir a la fragmentación. Un universalismo *emancipador* que reconozca la riqueza del ser humano no debe confundirse con un universalismo totalizador y homogeneizador. Los grupos conservadores, tradicionalmente más separados a causa de las diferencias de sus *elites*, ahora permanecen unidos y promueven eficazmente un populismo conservador y universalista: *la globalización*.

Las líneas que diferencian las identidades humanas, lejos de explicar la diversidad separan a las personas. En vez de potenciar la riqueza de lo diferente y aprender de las necesidades comunes, la absolutización de determinados contenidos identitarios aísla y enfrenta a muchos colectivos. Sin una comprensión más plural de la identidad humana la izquierda no podrá articular un proyecto convincente y realista de transformación social. La superación de la visión reduccionista de la identidad –que transforma cualquier diferencia en una confrontación absoluta e interminable–, a través de dispositivos más pragmáticos de integración y/o agregación, es fundamental para mantener una actitud política coherente, que no caiga en la disyunción metafísica de los particularismos y/o los fundamentalismos.

Amartya Sen desliza un planteamiento muy aproximado en este punto. Lo hace precisamente en uno de sus libros más afamados, titulado *Identidad y Violencia*<sup>38</sup>. Para este autor, la invocación mágica de una identidad, supuestamente dominante sobre cualesquiera otros tipos de filiación, es una manera de desplegar el enfrentamiento y el odio. El análisis de las relaciones interpersonales en términos intergrupales, es decir, desde la perspectiva de los grupos, las religiones o las civilizaciones, minimiza seriamente el enfoque sobre otros criterios o espacios de la identidad como el social, el económico, el género o el cultural, limitando, sobremanera, la acción sobre los mismos.

La religión, la nacionalidad, la filiación étnica, el concepto de civilización no pueden sintetizar la identidad de todos los seres humanos. El islamismo radical, por ejemplo, aspira, como el resto de fundamentalismos, a que el mundo se construya a su imagen y semejanza. Será islámico o no será –será exterminado–. La complejidad de los grupos, con sus fidelidades, compromisos y exigencias, desaparece cuando las personas se encasillan en una sola filiación.

<sup>38</sup> SEN, A., *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Madrid, Katz, 2007, pp. 15 ss.

Este reduccionismo cuasi-ontológico constriñe la comprensión grupal de la identidad, porque los seres humanos tenemos filiaciones y compromisos muy diversos<sup>39</sup>. Una persona puede tener identidades distintas, porque puede pertenecer, de manera simultánea, a grupos diferentes<sup>40</sup>. Es cierto que en algunos contextos la libertad de situarnos ante los demás a través de la identidad, está condicionada por los procesos culturales a los que estamos expuestos, especialmente si estos evocan una sola identidad (la buena o correcta), repudiando a las demás (como el caso de la segregación racial en EE.UU. o el de los judíos en la Alemania Nazi).

Según Miyares, la invisibilización del trabajo de las mujeres ha sido una de las grandes lacras que la socialdemocracia ha desatendido. Este hecho ha significado la exclusión de las mujeres de las medidas redistributivas<sup>41</sup>. Las transformaciones en el mundo del trabajo (el trabajo inmaterial, el trabajo vivo), la influencia de las corrientes feministas, la cuestión intercultural, el ecologismo, las nuevas concepciones *espacio-tiempo*, las nuevas formas de organización social, son elementos que escapan a la comprensión de un modelo identitario específico. Por eso debemos tomar conciencia de la importancia que la pluridentidad conlleva con el futuro. La comprensión de lo diverso, como expresión de la riqueza humana, es condición para la postulación de una nueva racionalidad basada en la producción de lo común como criterio y principio para la acción.

Afrontar de manera fragmentada y particularista los desafíos actuales es un gravísimo error. Es importante comprender que solo desde una concepción holista e inclusiva es posible el cambio social<sup>42</sup>. Todos somos seres humanos y todos compartimos un conjunto de necesidades. Estas necesidades nos remiten a una categoría esencial: la clase social.

En este sentido, la herencia de autores como Laclau, Mouffe o Young ha contribuido decisivamente a la escasez de alternativas a la dominación capitalista, a causa, entre otras, de la carencia de una estrategia mayoritaria y de la división negativa de los movimientos sociales. Es necesario, por consiguiente, un mismo operador o agente transformador. Una especie de «intelectual colectivo» –parafraseando a J. Sanbonmatsu<sup>43</sup>– que reúna las energías dispares de los movimientos emancipadores, para configurar un movimiento histórico universal. Si preservamos el entendimiento y la confluencia de significados

<sup>39</sup> Íd. 38-47.

<sup>40</sup> Íd. 64-75.

<sup>41</sup> MIYARES, A., *Democracia feminista*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 210.

<sup>42</sup> ALBERT, M., CAGAN, L., CHOMSKY, N., HAHNEL, R., KING, M., SARGENT, L., SKLAR, H., *Liberating Theory*, Boston, South End Press, 1986, pp. 143-145.

<sup>43</sup> Vid. SANBONMATSU, J., *The Postmodern Prince: Critical Theory, Left Strategy, and the Making of a New Political Subject*, New York, Monthly Review Press, 2004. El autor sitúa en Gramsci y Maquiavelo la base teórica de este «intelectual colectivo», al que denomina «príncipe postmoderno». (p. 157).

y riqueza simbólica, divisaremos ese *espacio común* que tanto necesitamos. Si queremos transformar necesitamos organizarnos. Por eso abogamos aquí por una organización, no autoritaria y flexible, que posibilite el entendimiento, pero que estimule la acción desde un programa sólido de contenidos rupturistas con el modelo hegemónico capitalista.

4.3 *En la negación del capitalismo mediante la construcción de un orden cultural, político y económico alternativo.* La negación del capitalismo como modo de ser (cultural, económico y político) y el diseño de prácticas alternativas, es una consecuencia de la superación del primer complejo. Es imprescindible poner en marcha la amplia gama de experiencias económicas que se han diseñado desde parámetros diferentes a los hegemónicos, como la *producción socialmente útil o el Parecon*. El objetivo de estas prácticas responde a la necesidad de abrir espacios de justicia a lo largo del planeta<sup>44</sup>.

Uno de los efectos del primer complejo que describíamos, *el de la economía*, es la impresión generalizada de que la sensatez de la socialdemocracia se cifra en la aceptación del capitalismo. La globalización del poder de las corporaciones y, por ende, del capitalismo, es un proceso que se naturaliza con pasmosa facilidad. Tanto es así que se ha convertido en el único imaginario social prácticamente compartido por todos y que pocas veces ha sido entendido como lo que realmente es: un proyecto de construcción de hegemonía a medida de los intereses de un colectivo de personas e instituciones.

Como ya se ha señalado, el sentido que adquiere las propuestas de izquierda es procesual y contingente, es decir, histórico. El análisis, por consiguiente, que se hagan en torno a sus propuestas e iniciativas debe ser interpretado en clave retrospectiva, evitando los anacronismos.

Hubo una época, marcada por una coyuntura difícil de postguerra y reconstrucción, en la que fue posible negociar con los intereses del capitalismo. Hubo beneficios para la clase trabajadora, aunque a decir verdad, el beneficiario final fuera el propio sistema capitalista.

Las razones para que esta estrategia haya dejado de funcionar son prolijas y complejas. El capitalismo, en este contexto de expansión global, se caracteriza por ser abiertamente anti-democrático, puesto que elimina sistemáticamente cualquier atisbo de representación, por pequeño que este sea. La globalización es un proceso de *«traslación proporcional del poder»*, marcado por la transnacionalización y la pérdida de influencia de los órganos clásicos de decisión/representación en las poliarquías electorales liberales o democracias representativas: el Parlamento.

---

<sup>44</sup> Vid., ALBERT, M., *Parecon. Life alter Capitalism*, New York, W.W. Norton & Company, 2003. En este libro se desarrolla un modelo alternativo de economía participativa, diferenciada del capitalismo.

El hecho es que la capacidad política de los gobiernos de los Estados nación está muy menguada. La acción legislativa de los Parlamentos nacionales está siendo gravemente afectada por este «bloqueo histórico de la globalización capitalista». Los grandes propietarios dejaron hace tiempo de confiar en el Estado-nación como el espacio político idóneo a sus expectativas. El Estado del bienestar corrigió muchos de los desequilibrios que ocasionaban y obtuvo mejoras sustanciales en educación, conciencia social y acceso al poder de las personas. Necesitaban, por tanto, relaciones e instituciones nuevas, espacios de dominio inasequibles para los ciudadanos y, sobre todo, esferas institucionales público-privadas ajenas a cualquier control participativo o democrático. Los papel de los Estados se limita ahora a garantizar los reajustes que se les sugieren, directamente y al dictado, desde el exterior.

En nuestros días esos pactos o acuerdos son imposibles. La opción más realista para la izquierda y la socialdemocracia es la *negación sistémica* del capitalismo y la promoción de prácticas antagonistas que desafíen el imaginario mercantil. La gran seña de identidad de la izquierda del siglo XXI debe ser precisamente esta: *la negación creativa del capitalismo*. La socialdemocracia puede aprovechar su enorme capital simbólico para esta empresa.

La democracia y el capitalismo son antagónicos, entre otras cosas, porque son procesos históricos distintos. La democracia, entendida como proyecto de emancipación, no presupone el capitalismo como modo propio de producción, como se ha querido justificar en más de una ocasión. Si la izquierda opta por la democracia debe negar necesariamente el capitalismo. Ralph Miliband nos suministra materiales conceptuales muy útiles en este sentido.

En su último libro titulado *Socialismo para una Era Escéptica*<sup>45</sup>, desarrolla este planteamiento: la *democracia capitalista* es una contradicción en términos. Desde esta perspectiva el socialismo tiene dos objetivos: (i) democratizar la sociedad más allá de los límites de la democracia representativa y (ii) atenuar la inmensa desigualdad existente en nuestras sociedades.

Democracia, igualdad y cooperación son los principios éticos sobre los que debe pivotar el socialismo. El hecho de que un puñado de personas se apropie de los recursos y de los medios de producción es una injusticia social inadmisible para la izquierda. La democracia niega este hecho porque se sustenta en la idea de igualdad como estructura cognitiva y pragmática básica. Dominación y explotación son palabras mayores, que no complacen en los ambientes académicos, pero que son rabiosamente actuales. Miliband tiene razón. El diagnóstico que ofrece acerca de la situación de finales de los ochenta no puede ser más certero. No sabemos lo que Miliband hubiese dicho

---

<sup>45</sup> Vid. MILIBAND, R., *Socialism for a Sceptical Age*, London, Polity Press, 1995, pp. 6-12.

en estos días, donde todas las tendencias, que apuntaba en sus textos, se han radicalizado hasta extremos difíciles de creer hace tan solo veinte años.

Lo que sobra es el capitalismo. La única solución posible para la izquierda es su negación, poniendo en práctica una serie de estrategias dirigidas a los siguientes objetivos: (i) diseñando prácticas alternativas de horizontes rupturistas; (ii) organizando los colectivos, bajo un mismo denominador epistemológico y pragmático, que las ejerzan; y (iii) erosionando, con el testimonio emancipador de esas prácticas, el sistema cultural capitalista.

## 5. CONCLUSIÓN. PARA UNA SOCIALDEMOCRACIA FUERTE

Vivimos en un contexto muy complicado. La crisis financiera actual es el marco en el que el capital pretende impulsar en Europa la privatización de servicios, que hasta el momento, han estado en manos del Estado y asumidos como servicios públicos. Pensiones, sanidad y educación son comprendidos como nichos de negocio con un potencial impresionante. La crisis financiera no es un fin en sí mismo, sino un instrumento para que mediante la presión de los agentes que dominan los mercados se imponga la privatización de los servicios públicos que han sido el santo y seña del bienestar europeo. El capitalismo ha entendido a la perfección la situación; es una estructura de oportunidad para liquidar servicios públicos que a su vez son grandes nichos de negocios potenciales para empresas privadas.

Muchos periodistas estos días plantean la siguiente pregunta: ¿Hasta cuándo los mercados estarán satisfechos? ¿Cuándo pararán de acosar la deuda soberana de los Estados en Europa? Esas preguntas no están bien formuladas. Para estos agentes, la cuestión esencial no es presionar la deuda para ganar a corto plazo importantes cantidades de dinero extra. El factor crucial es que a través de los rescates o del simple miedo al rescate, los ciudadanos europeos admitan recortes sustanciales en servicios considerados, hasta hace poco, intocables. Esas reformas no son más que un punto de partida para el objetivo final que no es otro que adaptar Europa a uno de los proyectos más importantes de la OMC: la privatización de los servicios públicos.

Los agentes económicos con capacidad de dominar los mercados son conscientes de la gran cantidad de ingresos que están dejando de embolsarse por culpa de unas pensiones, una sanidad o una educación de todos. La Organización Mundial del Comercio lleva mucho tiempo insistiendo en la necesidad de liberalizar los servicios en sus países miembros. A las negociaciones sobre este particular se las denomina GATS (Acuerdo General sobre Comercio de Servicios). La

resistencia de algunos Estados o los límites puestos a la voracidad de las grandes empresas pueden decaer en este contexto. La gravedad del GATS es desconocida por la ciudadanía. Una vez que se cerró la presentación de solicitudes y ofertas de liberalización de sectores, se abrió una fase de negociación bilateral y multilateral orientada a contraer compromisos de liberalización (privatización). En un discurso de 22 de septiembre de 2010, el director de la OMC proponía el GATS como solución a la crisis. Lean entre líneas. Ya lo hemos visto otras veces. E incluso algo antes de los noventa. La generación de la deuda externa o eterna en Iberoamérica, el efecto tequila o los planes de ajuste estructural.

La socialdemocracia debe plantearse una pregunta esencial en nuestros días: ¿Puede la democracia sobrevivir en el contexto de una economía controlada por alrededor de un 2% de la población? ¿Puede denominarse como democrático a un gobierno que depende constantemente de la aquiescencia de agentes del mercado, como las agencias calificadoras de deuda o los movimientos del capital financiero? Los neoliberales estimarán que estamos en la mejor de las democracias posibles. Aquella en que los ciudadanos votan cada cierto tiempo y el mercado carece de regulaciones efectivas.

La socialdemocracia ha de ser consciente que una democracia no es completa sin una democratización de la economía. El capitalismo postfordista ha terminado por fagocitar la política y sus instituciones. Ignorar el contexto y el proceso que limita, cuando no invalida, la acción de los Parlamentos nacionales y restringe la libertad presupuestaria de los gobiernos es simplemente irreal.

La socialdemocracia debe organizarse. Contribuir con su capital simbólico a construir alternativas que deben incluir a los movimientos sociales. El objetivo no debiera ser asimilar el tejido social, sino fortalecerlo, para lograr una mayor legitimación que sustente sus iniciativas políticas. La política, definida como lo que hacen los políticos, está hoy más desprestigiada que nunca.

El maridaje entre socialdemocracia y movimientos sociales es necesario y complementario. Los últimos cuentan con la praxis y con el fecundo apoyo intelectual de teóricos comprometidos con la búsqueda de estrategias que permitan salir del capitalismo. El diagnóstico es claro: el modelo actual político, económico y cultural cercena la voluntad de las personas y una minoría muy pequeña controla sus vidas mediante la economía. En este punto, solo es necesario articular estrategias con posibilidad de éxito que alteren la hegemonía del capitalismo. Para que estas estrategias conecten con la opinión pública y con los ciudadanos es imprescindible el concurso de la socialdemocracia. Ésta cuenta con organizaciones que poseen un gran capital simbólico, que puede ser usado por colectivos transformadores. Pero para que esto suceda la socialdemocracia ha de reinventarse, ampliar su red discursiva y asumir tanto su fracaso social liberal, como la



imposibilidad de llegar a un acuerdo con el capitalismo actual, al que denomino de alta intensidad.

El 15M es un paso más en la buena dirección. La cooperación entre socialdemocracia y 15M debiera discurrir por los senderos de la construcción de alternativas institucionales que abran espacios públicos no estatales o comunes de intervención. Me refiero a la construcción y desarrollo de prácticas políticas y económicas que conecten con el sentir abrumadoramente mayoritario de la gente. Estas prácticas serían como «islas de justicia» que conectadas entre sí favorecerían la consolidación de alternativas sólidas y creíbles al modelo hegemónico. Las alternativas existen, pero el problema es que los ciudadanos no las asumirán o comprenderán hasta que no convivan con ellas. Se trata de animar un proceso que solo se convertirá en hegemónico desde la práctica. No se puede convencer a nadie de que existen alternativas desde el vacío o la promesa de un bienestar futuro y, sobre todo, estas prácticas deben subvertir el modelo dominante, nunca ajustarse a él.

Finalmente, la socialdemocracia ha de reivindicar la clase social, que lleva aparejada la lucha por la justicia social. Esta idea no significa que abandone luchas que implican otras categorías y colectivos, como la reivindicación de un medio ambiente más sostenible o las cuestiones relativas al género o el racismo. La socialdemocracia puede integrar estas reivindicaciones en la clase social; en una visión más enriquecida que no haga más que conectar lo que en el mundo real lo está. Un buen ejemplo de ello es el pensamiento feminista de bell hooks. Bell hooks integra y relaciona los efectos que, para los seres humanos, han traído el capitalismo, el colonialismo y el racismo. Las soluciones que ofrece son el resultado de un análisis complejo, multidimensional, e integrador de estos problemas<sup>46</sup>, al que se denomina interseccionalidad. La interseccionalidad surgió de la idea de que las estructuras sociales se entrecruzan para dar forma a posiciones sociales o que las posiciones sociales y los grupos sociales correspondientes son creados por estructuras sociales<sup>47</sup>. La complejidad de las nuevas formas de control, discriminación e imposición de políticas e ideas precisan de nuevos instrumentos metodológicos y epistemológicos con el fin de lo que hacemos desde las ciencias sociales y jurídicas tenga sentido para la sociedad en la que vivimos. Deberíamos ser conscientes de que el envoltorio en que se nos presente un nuevo totalitarismo puede ser muy distinto a la forma tradicional en que lo conocemos y conceptualizamos.

---

<sup>46</sup> HOOKS, B., *Racism and Feminism*, en CHUKWUDI EZE, E., *African Philosophy. An Anthology*, Oxford, Blackwell, 1998, pp. 326-327. Hooks denuncia que algunas feministas blancas no querían ver el racismo o el clasismo como parte del problema y lo único que deseaban era sumar a las mujeres a su propia causa con sus objetivos e intereses.

<sup>47</sup> BARRERE UNZUETA, M., *La interseccionalidad como desafío al mainstreaming de género en las políticas públicas*, Revista Vasca de Administración Pública, 87-88, mayo-diciembre, 2010, p. 250.



La socialdemocracia puede tener futuro. Ese futuro pasa por reorganizarse y asumir sus carencias, renuncias y errores; pero también por apostar por alternativas creativas que revitalicen la ciudadanía y la democracia. Su viabilidad está en reinventarse aprovechando su capital simbólico y asumiendo que su compromiso con el capitalismo solo puede ser cosa del pasado.

Fecha de recepción: 31/03/2011. Fecha de aceptación: 08/10/2011.